

INMACULADA CONCEPCIÓN

En este tiempo de Adviento, nos preparamos para celebrar el Nacimiento de Cristo. No lo preparamos solamente con intenciones y afectos. No solamente con adornos, velitas y calendarios, sino también con obras, haciendo esfuerzos por cambiar lo que en mi vida mi conciencia me pide que me convierta, que me corrija, que haga mejor, cambiando mi corazón. Poner todo de mi parte. Porque es ahí donde va a nacer el Señor.

Pero hoy consideramos cómo Dios ha ido preparando a través de la historia la venida de su Hijo. Y uno de los últimos preparativos de Dios, es la fiesta que celebramos hoy: la Inmaculada Concepción.

Como Dios quiere hacer de la historia de los hombres también historia de Dios, viene al mundo a manera humana: naciendo de una madre, en una familia, en un tiempo, en un lugar, en una raza, en una cultura, en una lengua.

Una madre no es solo un vientre. Una madre también son afectos, sentimientos, pensamientos, disposiciones, corazón... y eso es lo que Dios prepara en María. Una Madre digna de su Hijo, que viene a salvar a la humanidad. Una madre capaz de educar, enseñar, de hacer crecer, de disponer humanamente a su Hijo para tal misión. Y para poder hacerlo bien, esa Madre debe poder tener una sintonía íntima con el corazón del mismo Dios.

Esa sintonía con Dios está fuera del alcance de las posibilidades humanas. Esa sintonía con Dios no se puede aprender ni se puede entrenar. Solo se puede tener si el mismo Dios te lo da. Eso es lo que llamamos la gracia. Y Dios ha llenado a María con esa gracia, con esa sintonía. Y lo ha hecho desde el primer momento de existencia de María en las entrañas de su madre santa Ana: en el mismo momento de la concepción. Para que en María todo sea limpio y divino desde el mismo principio: su libertad, sus sentimientos, sus pensamientos, su memoria, su entendimiento, su voluntad. Por eso decimos que María es la Inmaculada Concepción. Porque en ella, todo nos habla de Dios, todo nos lleva a Dios.

¿Y qué espera Dios de ti y de mí celebrando esta fiesta? Te lo diré claramente y sin rodeos. Dios quiere que amemos a Jesús como le amaba María. Ese es el modelo del amor que se nos muestra. Y tú me dirás: claro, pero María estaba llena de gracia, y yo no. Pues te equivocas: Dios te quiere dar las mismas gracias que dio a María.

Por eso el Adviento. Para aprender a implorar del cielo esas mismas gracias. Para preparar mi interior en mi libertad, en mi voluntad, en mis afectos. Para dejar que Dios haga en mí una buena limpieza interior con la Confesión. Para disponerme, con la ayuda de la gracia, a recibir el gran don que Dios me quiere dar. Para que Jesús pueda nacer en mí y se encuentre a gusto, quiere ser acogido y amado como María.

Dios ha preparado a María. Es también misión de María ayudarnos a prepararnos para esta Navidad. Pídeselo. Te aseguro que María se muere de ganas de que tú y yo amemos a Jesús como lo ama ella. Quiere poder compartir ese mismo amor contigo. Y eso precisamente, es lo que ahora mismo estás deseando ardientemente en tu corazón.

Pídele sinceramente hoy a la Inmaculada Concepción que te conceda poder comulgar hoy al Señor con la pureza, humildad y devoción con que le comulgaba ella.